

R. Teja, *El cristianismo primitivo en la sociedad romana*, Ed. Istmo, Madrid, 1990.

Las versiones de Eusebio de Cesarea sobre la conversión de Constatino

Eusebio de Cesarea proporciona dos versiones distintas, en dos obras diferentes, de la conversión de Constantino. La primera está contenida en el libro IX de su *Historia Eclesiástica* que debió ser compuesta hacia el 315, fecha en que Eusebio no debía conocer aún personalmente a Constantino pues este conocimiento parece que se produjo después del 324 cuando Constantino derrotó a Licinio y conquistó el Oriente. Ello quizá explique el que proporcione una versión genérica de los hechos sin aludir a la visión celeste que precedió a la batalla del Milvio. La segunda versión está contenida en su *Vida de Constantino* escrita después de la muerte del emperador el 337 y el propio Eusebio asegura que reproduce la versión que le dio el propio emperador. Pero hay datos que varían bastante respecto a la versión de Lactancio.

1. La versión de la *Historia Eclesiástica*

(...)
«Así, pues, a Constantino, que, como ya hemos dicho anteriormente, es emperador hijo de emperador y varón piadoso, hijo de un padre piadoso y prudentísimo en todo, lo suscitó contra los impiísimos tiranos (Maximino Daya y Magencio)⁶⁰ el Emperador supremo, el Dios del universo y Salvador. Y cuando se determinó a luchar según la ley de la guerra, combatiendo, como aliado con él, Dios de la manera más extraordinaria, Majencio cayó en Roma al empuje de Constantino, mientras el otro, sobreviviéndole muy poco tiempo en el Oriente, sucumbió a manos de Licinio, que por entonces aún no se había trastornado (por reiniciar las persecuciones).⁶¹

»Constantino fue el primero de los dos -primero también en honor y dignidad imperiales- que mostró moderación con los oprimidos por los tiranos en Roma. Después de invocar como aliado en sus oraciones al Dios del cielo y a su Verbo, y aun al mismo Salvador de todos, Jesucristo, avanzó con todo su ejército, buscando alcanzar para los romanos su libertad ancestral.

»Majencio, lo sabemos, confiaba más en los artilugios de la magia que en la benevolencia de sus súbditos, y en verdad no se atrevía a dar un paso fuera de las puertas de la ciudad, a

pesar de que, con la muchedumbre incontable de hoplitas y con las innumerables compañías de legionarios, cubría todo lugar, toda región y toda ciudad, todas las que en torno a Roma y en toda Italia tenía esclavizadas. El emperador, aferrado a la alianza de Dios, ataca al primero, al segundo y al tercer ejército del tirano, y tras vencerlos a todos con facilidad, avanza lo más que puede por Italia hasta muy cerca de Roma.

»Luego, para que no se viera forzado a luchar con los romanos por causa del tirano, Dios mismo arrastró al tirano, como con cadenas, lo más lejos de las puertas. Y lo que ya antiguamente estaba escrito en los sagrados libros contra los impíos, increíble para la mayor parte como si se tratara de cuentos de fábula, pero bien digno de fe por su misma evidencia, al menos para los fieles, por decirlo simplemente, se hizo creíble a todos cuantos, fieles e infieles, vieron con sus propios ojos el prodigio.

»Lo mismo, pues, que, en tiempos de Moisés y de la antigua piadosa nación de los hebreos, *precipitó en el mar los carros del faraón y su ejército, la flor de sus caballeros y capitanes; el mar Rojo se los tragó, el mar los cubrió*,⁶² así también Majencio y los hoplitas y lanceros de su escolta *se hundieron en lo profundo como una piedra*⁶³ cuando, dando la espalda al ejército que venía de parte de Dios con Constantino, atravesaba el río que le cortaba el paso y que él mismo había unido y bien pontoneado con barcas, construyendo así una máquina de destrucción contra sí mismo.

»De él se podría decir: *cavó un foso y le quitó la tierra; y caerá en el hoyo que se hizo. Su trabajo se volverá contra su cabeza, y su injusticia recaerá sobre su coronilla*.⁶⁴

»Así, pues, deshecho el puente tendido sobre el río, el paso se hunde y las barcas se precipitan de golpe en el abismo con todos sus hombres; y él mismo el primero, el hombre más impío, y luego los escuderos que le rodeaban *se hundieron como plomo en las aguas impetuosas*,⁶⁵ como ya predice el oráculo divino;

»de suerte que, si no con palabras, como es natural, sí al menos con las obras, los que, gracias a Dios, se habían alzado con la victoria, podían, lo mismo que los seguidores del gran siervo Moisés, entonar el mismo himno que contra el impío tirano de antaño y decir: *Cantemos al Señor, porque gloriosamen-*

te se ha cubierto de gloria. Caballo y jinete los arrojó al mar. Mi ayuda y mi protección, el Señor; se hizo mi salvador(,f,; y ¿*Quién como tú entre los dioses, Señor? ¿Quién como tú, glorificado en los santos, admirable en la gloria, obrador de prodigios?*)⁶⁷

»Estas y muchas más cosas parecidas a éstas cantó Constantino con sus obras al Dios supremo, causa de su victoria, y entró en triunfo en Roma, mientras todos en masa, con sus niños y sus mujeres, los senadores y altos dignatarios, y todo el pueblo romano, le recibían con los ojos radiantes, de todo corazón, como a libertador, salvador y bienhechor,⁶⁸ en medio de vítores y una alegría insaciable.»

(...)

Eusebio, *H.E.* IX, 9, 1-9. Trad. de A. Velasco Delgado, pp. 572-575.

2. La versión de la *Vida de Constantino*

(...)

«Mientras estaba implorando estas cosas e instaba perseverante en sus ruegos, se le aparece un signo divino del todo maravilloso al que no sería fácil dar crédito, si fuere quizá otro el que lo contara, pero si es el emperador victorioso el que, mucho tiempo después, cuando fuimos honrados con su conocimiento y trato, nos comunica ratificando, mediante juramento, la noticia, a nosotros que estábamos redactando este relato, ¿quién podría dudar como para no fiarse de lo que referimos, en especial cuando los mismos hechos posteriores establecieron con su testimonio la verdad de lo narrado? En las horas meridianas del sol, cuando ya el día comienza a declinar, dijo que vio con sus propios ojos, en pleno cielo, superpuesto al sol, un trofeo en forma de cruz, construido a base de luz y al que estaba unida una inscripción que rezaba: "Con éste vence". El pasmo por la visión lo sobrecogió a él y a todo el ejército que lo acompañaba en el curso de una marcha y que fue espectador del portento. Y contaba que estaba consternado por la naturaleza de la aparición. Estando en estas cavilaciones y embargado por la reflexión, le sorprende la llegada de la noche. En sueños vio a Cristo, hijo de Dios, con el signo que apareció en el cielo, y le ordenaba que una vez se

fabricara una imitación del signo observado en el cielo se sirviera de él como bastión en las batallas contra los enemigos. Levantándose nada más despuntar el día, comunicó a los amigos el arcano. A continuación, tras haber convocado a artesanos en el oro y las piedras preciosas, se sienta en medio de ellos y les hace comprender la figura de la señal, que ordena reproducir en oro y piedras preciosas. En cierta ocasión, el mismo emperador, y eso por especial favor de Dios, nos deparó el honor de que la contempláramos con nuestros ojos.»
(...)

Eusebio, *Vida de Constantino*, 1, 28-29 . Trad . de M. Gurruchaga para esta obra .

3. La versión de Rufino de Aquileya

Rufino realizó a finales del siglo IV la traducción al latín de la *Historia Eclesiástica* de Eusebio de Cesarea pero al tratar de la conversión de Constantino añadió un desarrollo propio inspirándose con gran libertad en la narración de la Vida de Constantino.

(...)
«En efecto, como el muy religioso emperador Constantino, hijo de Constancio, príncipe tan ponderado como valeroso, preparase la guerra y dirigiese su ejército contra Majencio, usurpador de la ciudad de Roma (él favorecía ya a la religión cristiana y adoraba al verdadero Dios, sin haber recibido, sin embargo, aún, el signo de la pasión del Señor como es costumbre para ser iniciado en nuestros misterios,⁶⁹ como avanzase, digo, inquieto y pensando en las necesidades de la guerra próxima, y levantase frecuentemente los ojos al cielo de donde esperaba obtener por sus plegarias la ayuda divina, vio, durante una especie de aletargamiento,⁷⁰ brillar en el cielo, por la parte de Oriente, en una línea de fuego, el signo de la cruz. Sobresaltado por una tal visión, turbado por una aparición tan nueva, vio surgir a sus costados unos ángeles que le dicen: "Constantino, toúto níká", es decir, "con éste vence". "Entonces, alegre y seguro de la victoria, se santigua en la frente con el signo de la cruz que había visto en el cielo. Invitado de este

modo a creer por una intervención celeste, no me parece inferior a aquél que recibió del cielo estas palabras : "Saulo, Saulo ¿por qué me persigues? Yo soy Jesús de Nazaret" -con la diferencia de que aquél ya no ejercía persecuciones, sino que se mostraba bien dispuesto cuando recibió esta invitación.»⁷²

Rufino, *H.E.* IX, 9. Trad. de R. Teja.

4. La versión de Zósimo

Zósimo, historiador pagano de comienzos del siglo V, se mostró muy hostil a Constantino y en su interpretación histórica siguió a otro historiador pagano de finales del IV, Eunapio, cuya obra se ha perdido. Lo más llamativo de esta versión es que sitúa la conversión de Constantino en el 326 relacionándola con los oscuros y sangrientos acontecimientos sobrevenidos en la corte poco antes. En realidad, en todo el pasaje Zósimo mezcla acontecimientos del 326 con otros del 312-313. La versión que da de los móviles de la conversión debió surgir en círculos anticristianos a mediados del siglo IV como reacción a la versión hagiográfica de su conversión.

(...)
«Una vez que todo el poder había quedado en manos de Constantino solo,⁷³ ya no ocultó en lo sucesivo la maldad que le era natural, sino que comenzó a actuar sin disimulos en todos los temas. Celebraba todavía las prácticas religiosas tradicionales, no tanto por piedad como por interés. Por ello, se fiaba también de los adivinos porque se había dado cuenta de que habían predicho con exactitud todos los acontecimientos que le habían sobrevenido. Pero cuando volvió a Roma,⁷⁴ totalmente hinchado de arrogancia, decidió que su propia casa fuese el primer escenario de su impiedad. Su hijo Crispo, que había sido honrado, como se ha dicho anteriormente, con el título de César, cayó bajo las sospechas de relaciones culpables con su madrastra Fausta y le hizo perecer sin tener consideración alguna con las leyes de la naturaleza.⁷⁵ Además, como la madre de Constantino, Helena, estaba desolada por tan gran desgracia y se mostraba incapaz de soportar la muerte del joven, Constantino, como consuelo, curó su mal con otro

mal mayor: hizo preparar un baño más caliente de lo razonable, sumergió en él a Fausta y la sacó cuando estaba muerta.

»Consciente en su intimidad de sus crímenes y de su desprecio de los juramentos, consultó a los sacerdotes sobre la forma de expiar sus culpas. Mientras que éstos le respondieron que ninguna forma de purificación podría borrar tales impiedades, un egipcio, venido de España a Roma y que se había familiarizado con las mujeres del palacio, se encontró con Constantino y le aseguró que la doctrina de los cristianos concedía el perdón de todo pecado y prometía a los impíos que la adoptasen el perdón inmediato de toda falta.⁶ Constantino prestó oídos complacientes a estas explicaciones, abandonó las creencias de los antepasados y después, compartiendo las que el egipcio le había dado a conocer, inició el camino de la impiedad manifestando su desconfianza hacia la adivinación . Pues, como ésta le había predicho muchos de los éxitos que los hechos habían confirmado, temía que el futuro fuese desvelado también a otros que intentasen indagarlo para perjudicarle a él. Fue esto lo que le determinó a abolir estas prácticas.⁷⁷ Cuando llegó el día de la fiesta tradicional durante la cual el ejército debía ascender al Capitolio y cumplir allí los ritos habituales, Constantino tomó parte en ellos por miedo a los soldados; pero como el egipcio le había enviado un presagio que le reprochaba violentamente el subir al Capitolio, se mantuvo alejado de la ceremonia sagrada, atrayéndose así el odio del Senado y del pueblo.»⁷⁸

Zósimo, *Historia Nueva*, 2, 29. Trad. de R. Teja para esta obra.

LOS PRIVILEGIOS DE CONSTANTINO A LA IGLESIA

La política de Constantino a favor de la Iglesia iniciada en el 312 con las medidas legislativas relacionadas con el cisma donatista se intensificó en los años sucesivos de su reinado. Los códigos legislativos han conservado una parte de esta legislación que en un principio se proponía extender a la Iglesia una serie de privilegios de que disfru-

taban los templos paganos, para pasar después a una política inspirada en los principios morales y religiosos cristianos. Parece que fue el obispo Osio de Córdoba el principal inspirador y promotor de esta legislación constantiniana. Presentamos aquí una selección de cuatro de estas leyes, datadas todas ellas el año 321, como muestra representativa de esta actividad legislativa en beneficio de la Iglesia que después continuarán y desarrollarán los sucesores de Constantino.

1. *El emperador Constantino Augusto al Obispo Osio*

«Que aquellos que han concedido con impulso religioso la merecida libertad a sus esclavos en el seno de la Iglesia, que esta concesión tenga el mismo efecto jurídico que cuando es concedida la ciudadanía romana cumpliendo las formalidades tradicionales. Pero nos ha parecido bien que esto tenga valor sólo cuando se ha concedido en presencia de los sacerdotes. Por otra parte, hemos concedido también a los clérigos que cuando den la libertad a sus siervos no solamente les proporcionen el pleno disfrute de la libertad cuando lo hacen en presencia de la Iglesia y del pueblo religioso, sino también cuando dan la libertad por disposición testamentaria y deciden darla mediante cualquier declaración, de modo que la libertad se alcance directamente el día que se hace pública su voluntad sin necesitar la presencia de un testigo o intérprete del derecho. Dado el 14 de las Kalendas de mayo en el 2.º consulado de los Césares Crispo y Constantino (18, abril, 321).»

C. *Th.* IV, 7, 1. Trad. de R. Teja para esta obra.

2. *El emperador Constantino Augusto al pueblo*

«Que todos tengan facultad de dejar a su muerte los bienes que desean a la santísima y venerable asamblea de la Iglesia católica. No sean anulados los testamentos. No hay nada que se deba respetar más en las personas que la libre disposición de su última voluntad, después de la cual ya no pueden disponer otra cosa, y su libertad de elección, que nunca más se recuperará. Publicado el 5 de las nonas de julio en Roma en

el 2.º consulado de los Césares Crispo y Constantino (3, julio, 321).»

C. *Th.* XVI, 2, 4. Trad. de R. Teja para esta obra.

3. *El emperador Constantino Augusto a Helpidio*

«Que todos los jueces, las plebes urbanas y los negociados de todo tipo descansen el venerable día del sol. Sin embargo, en el campo, los que se dedican al cultivo de las tierras pueden trabajar libremente y a su gusto, pues puede suceder que el trigo no pueda ser sembrado o las viñas no puedan ser plantadas de modo más apropiado otro día y para que no pase la coyuntura del buen tiempo proporcionado por la providencia celeste. Publicado el 5 de las Nonas de julio en el 2.º consulado de los Césares Crispo y Constantino (3 julio 321).»

C. *Iust.* III, 12, 2. Trad. de R. Teja para esta obra.

4. *El emperador Constantino Augusto a Helpzdio*⁷⁹

«Del mismo modo que parecía muy indigno ocuparse el día del sol, consagrado a la veneración, de la realización de pleitos y de disputas criminales de las partes, es agradable y placentero realizar en este día las cosas que son más deseadas. Así pues, que todos tengan en este día de fiesta facultad de emancipar o manumitir y que las actas levantadas a este respecto sean válidas. Publicado el día 5 de las Nonas de julio en Cagliari en el 2.º consulado de los Césares Crispo y Constantino (3 julio 321).»

C. *Th.* II, 8, 1. Trad. de R. Teja para esta obra.

CONVOCATORIA Y PRESIDENCIA DEL CONCILIO DE NICEA POR CONSTANTINO

La política procristiana de Constantino tuvo su punto culminante en la convocatoria el 325 del Concilio de Nicea -considerado después como primer concilio ecuménico- a cuyas sesiones acudió el propio emperador. El objetivo del concilio era poner fin a la controversia arriana recién iniciada que amenazaba con dividir a los cristianos en dos bandos irreconciliables y a las disputas sobre la fecha de celebración de la Pascua. Pero Constantino lo aprovechó también para presentarse ante los obispos del Oriente recién conquistado a Licinio, mostrar a éstos su línea de política religiosa y celebrar de este modo su Bicennales. Presentamos aquí la descripción del concilio por Eusebio de Cesarea en su *Vita Constantini*⁸⁰ que es la única que se nos ha conservado. Eusebio se complace en presentar a Constantino como principal protagonista del concilio y ensalza sin reparos la política constantiniana de hacer de la Iglesia un instrumento de su política y un medio de ensalzar su persona y su poder.

(...)
«Tras determinarse la fecha para la apertura del sínodo, en el que se debía acelerar una solución a los puntos controvertidos, una vez que hizo cada uno, en posesión de su personal fórmula resolutoria, acto de presencia, efectuaron los convocados su ingreso en la sala central del palacio imperial, que en amplitud aventajaba netamente a las demás, y habiéndose instalado por orden unos bancos a ambos costados de la sala, todos fueron ocupando sus asientos según su jerarquía. Cuando se hubo sentado toda la asamblea en decente concierto, el silencio se apoderó de la concurrencia, a la espera de que apareciera el emperador: hizo su entrada un primero de su escolta, después un segundo, y un tercero. Precedieron su llegada otros que no eran los soldados y lanceros de rigor, sino sólo amigos íntimos. Poniéndose en pie a una señal que indicaba la entrada del emperador, avanzó éste al fin por en medio, cual celeste mensajero de Dios, reluciendo en una coruscante veste como con centelleos de luz, relumbrando con los fúlgidos

dos rayos de la púrpura , y adornado con el lustre límpido del oro y las piedras preciosas. Esto, en cuanto a su cuerpo. En cuanto a su alma, era patente que estaba engalanado con el temor a Dios y la fe. Dejaban esto entrever los ojos dirigidos hacia abajo, el rubor de su semblante, el compás de sus andares y el tenor en general de su porte, la estatura que se sobrepone a la de todos cuantos le daban escolta (...) y por la belleza de la flor de su edad, y por el vigor magnífico que emanaba de su prestancia física y de su indomable energía, lo cual, combinado con lo ponderado de su modo de ser y la suavidad de su regia sensibilidad, ponía de manifiesto la incomparable rareza de su alma, mejor que cualquier paráfrasis. Cuando llegó al lugar principal donde tomaban su comienzo las filas de asientos, mantúvose en medio de pie; puesto a su disposición un pequeño sitial fabricado de oro macizo, se sentó, no sin antes haber hecho una señal a los obispos. Con el emperador, todos hicieron lo mismo. Levantose entonces de entre los obispos el que figuraba primero en la fila de la derecha, y pronunció un ajustado discurso, dirigiéndoselo al emperador, y componiendo por medio de él un himno de agradecimiento al Dios soberano. Cuando se sentó, se hizo el silencio, y todos clavaron fijamente la mirada en el emperador; él con ojos radiantes, miró serenamente a todos, y concentrándose, con voz tranquila y suave, pronunció el discurso que sigue:

"Ha constituido el fin de mi súplica, oh carísimos, gozar de vuestra presencia, y al haberlo conseguido, sé de veras que debo rendir gracias al Rey universal, porque para colmo de otros dones, me ha otorgado el ver éste, que es superior con creces a todo bien, esto es, acogeros a todos aquí juntos, y contemplar el sentir, común y concorde. Que no dañe, pues, una pérfida envidia los bienes que disfrutamos, y que el maligno demonio, una vez terminada con el poder del divino salvador la guerra antidivina suscitada por los tiranos, no cubra de insultantes calumnias, por otras vías, la ley divina. A mi manera de ver, tengo la perturbación interna de la Iglesia de Dios por más dura que cualquier guerra, y que cualquier (terrible) combate, y este asunto está tomando un cariz mucho más nocivo que los asuntos del ex-

terior. Cuando me levanté con la victoria, sobre los enemigos, por la aquiescencia y concurso del Omnipotente (desde luego) , pensé que no quedaba otra cosa que rendir gracias a Dios, y exultar de mancomún con todos los liberados (por) él, a través de mí. Pero cuando fui informado de vuestra disensión más allá de lo que cabía esperar, no relegué a un segundo plano lo que se me estaba refiriendo, al contrario, sin vacilación mandé llamar a todos, emitiendo votos, para que este asunto adquiriera un remedio mediante mis servicios. Y me gozo de ver vuestro comicio, mas sólo juzgaré que he actuado eficazmente conforme a mis oraciones, cuando vea a todos anímicamente fundidos en un único y común espíritu de identidad y de paz; y sería muy propio de vosotros, gente consagrada a Dios, el pregonar ese espíritu a los demás. Así pues, carísimos sacerdotes de Dios, y fieles ministros de nuestro común señor y salvador de todos, no dudeis en dar comienzo desde ahora mismo, al planteamiento franco de los motivos de la disputa entre vosotros, ni en desatar toda la compleja madeja de controversias, según las leyes de la paz. Pues de este modo, habréis realizado lo más grato a Dios omnipotente, y a mí, vuestro consiervo, me rendiréis un favor sobremanera grande".

»Después de pronunciar estas palabras en lengua latina, y tras haberlas traducido un intérprete al griego, dio la palabra a los presidentes del sínodo. Nada más dársela, unos empezaron a esgrimir acusaciones graves contra los que estaban al lado; éstos, a su vez, se disculpaban y arremetían en reproches. Muchísimas cosas eran (en verdad) las que se planteaban por cada contrincante, y formidable la contienda que se produjo desde el principio. El emperador escuchaba resignadamente a todos, y recibía las propuestas con diligente atención; aceptando parcialmente las tesis de cada bando, iba sin sentir reconciliando a los arriscados contendientes. Como quiera que conversara afablemente con cada uno, y usara la lengua griega, porque tampoco de élla era ignorante, revelose en él un tipo de hombre dulce y agradable, ya cuando (persuadía) a unos, ya cuando doblegaba a otros con su palabra,

ya encauzando a todos hasta posiciones de unanimidad, hasta que, por fin, los puso de acuerdo y conformes en todos los temas sujetos a examen, de manera que prevaleciera una fe concorde, y se aceptara la misma fecha para todos de la festividad de la Salvación. Los acuerdos adoptados en común, se ratificaron por escrito y con la firma de cada uno. Hecho lo cual, el emperador ordenó celebrar una fiesta de triunfal agradecimiento a Dios, porque sostenía que ésta era la segunda victoria que había obtenido contra el enemigo de la Iglesia.

»Por el mismo tiempo se cumplió el vigésimo aniversario de su acceso al imperio. Mientras en las restantes regiones se llevaban a cabo celebraciones públicas, el emperador en persona tuvo la iniciativa de organizar un banquete en homenaje de los ministros de Dios, y el hecho de comportarse como un comensal más con los que habían hecho las paces, era como si rindiera, a través de ellos, este adecuado sacrificio. Y no faltó ningún obispo al festín imperial. El evento resultó de una grandiosidad superior a cualquier intento de descripción; doríforos y hoplitas, con las hojas de sus espadas desenvainadas, en círculo, velaban en guardia los accesos al palacio; por en medio de ellos, pasaban libres de temor los hombres de Dios, y se internaban en lo más íntimo de la mansión. Después, mientras algunos se acostaban junto a (él), otros se recostaron en los lechos de madera, instalados a ambos costados. Uno podría imaginarse que se estaba representando una imagen del reino de Cristo, y que lo que estaba ocurriendo "un sueño era, que no la realidad".

»Tras concluir de modo tan brillante el festín, todavía el emperador recibió a los presentes entre corteses saludos, honrando con magnanimidad a cada uno con sus dádivas personales, según la clasificación del rango. A los que no estuvieron presentes a este sínodo, dióles noticia por medio de una carta personal, que como en columna votiva, voy a incluir en este discurso sobre él siendo así su traza⁸⁰».

(...)

Eusebio, *Vita Constantini*, IT, 10-16. Trad. de M. Gurruchaga para esta obra.

